

jóvenes se fueron agregando otros y otros más hasta constituir un núcleo sólido, algunos de los escritores de esa bohemia anacrónica habrían de llamarlos "poetas universitarios", convirtiendo así instintivamente—para defensa de su propia incultura—en ataque una calidad que, más que motivo de burla, debiera serlo de elogio. Como la de Antonio Caso en la filosofía, la influencia de González Martínez en nuestra lírica pudo haber sido también, más adelante, discutida y, finalmente, abjurada por la mayoría de quienes la recibieron entonces con tan eficaz provecho. En desacuerdo con las nuevas preocupaciones de nuestra sensibilidad y nuestra sensualidad, menos apacibles y regulares que las suyas, logró dejar no obstante, en los mismos que ahora la niegan, una costumbre de probidad personal y artística con la que no todos sus antecesores nos tenían igualmente familiarizados.

"Torciéndole el cuello al cisne" de la retórica modernista, González Martínez intentaba una renovación, pero su obra tendía más bien a reconstruir, con los mejores materiales de la buena tradición romántica, una poesía de concentración y de pensamiento, más parecida dentro de su optimismo triste al estoicismo orgulloso de Alfredo de Vigny que al catolicismo sensual de Paul Verlaine, en *Sagesse*, o al epicureismo de Samain en *Les Flancs du Vase* y de Henri de Régnier en *Les Médailles d'Argile*.